



## Historia de una pasión

DARÍO JARAMILLO AGUDELO

Conferencia dictada el 4 de diciembre de 2006 en el salón  
de actos de la Residencia de Estudiantes dentro del ciclo  
*Poeta en Residencia*

*Historia de una pasión.* Tal es el título que se le ha dado a este monólogo, el mismo que tiene un libro mío, un breve libro que escribí en tres tramos a lo largo de más de quince años y que hace poco fue publicado, por fin completo, por Pre-Textos. La pasión es la escritura que, en el libro dicho, al fin no resulta ser pasión sino vicio o, peor aún, necesidad, imposición del metabolismo, exigencia del cuerpo para entender el mundo, para entenderme —o, mejor, comprenderme— a mí mismo. Como si al proceso de conocimiento, además de la percepción de los sentidos, de la representación de la mente, de la respuesta del corazón, como si, además de la inmanencia misma, necesitara pasar por la pluma recién mojada de tinta deslizándose sobre el papel. Y, para colmo, sin que ese ejercicio grafómano aporte claridad sino, más bien, se entretenga en hacer explícito mi desconcierto, mi permanente perplejidad de recién llegado a la oscilante, a la mutable, a la inasible cosa que llamamos realidad.

El asunto puede mirarse desde dos extremos. Uno, el que vengo enunciando, la maniática, la obsesiva búsqueda de las palabras, que pasa por el intrincado procedimiento de mojar una pluma en un tintero y luego extender un trazado caligráfico que termina por convertirse en una partitura, en una versión —y otra y otra— que intenta revelar el ritmo y la



melodía de cierta música interior. El otro es la música misma. Hay un autor que es mi descubrimiento más reciente, el poeta polaco Adam Zagajewski. Él habla de algo que le ocurrió cuando tenía dieciséis o diecisiete años, un instante que no fue instante porque la palabra *instante* alude al transcurso del tiempo y lo que le sucedió fue precisamente lo contrario, una supresión del tiempo, un raptó, un encantamiento, un éxtasis:

Un día... tuve una revelación que lo cambió todo. Vi que además de la realidad empírica, trivial, existe un reino de la imaginación que, en el fondo, es el mundo palpable, visible y oliente enriquecido con innumerables huestes de sombras y espíritus. No entendía de qué manera estaban unidas y mantenían estrechos vínculos aquellas dos regiones, pero estaba persuadido de que la coexistencia de su identidad y su diversidad era algo tan misterioso y esencial como el estatus ontológico de la Santísima Trinidad. (*Dos ciudades*, página 75)

Más adelante precisa:

Es evidente que no todo el mundo tiene que ser poeta. Pero hay una ley secular que reza así: si el tejido indefenso de la realidad se le revela a alguien en un doloroso instante de iluminación, este alguien, elegido y al mismo tiempo condenado por el destino, no puede nunca eludir su vocación. Ha dado con el rastro de lo que hay de divino en el mundo y este descubrimiento lo marca para toda la vida. Oh sí, puede que vague meses y años enteros por ciudades y países sin oír ni ver nada, pero no renunciará a la posibilidad de curarse en un futuro. En la vida ya no hay lugar para la libertad ni para la búsqueda. La búsqueda puede tener un objetivo: el camino de vuelta al paraje fértil, a la plenitud de la visión. Esta es la fidelidad fundamental del poeta. Y es posible encontrar una fidelidad análoga en todos los demás oficios, en todas las vocaciones. (*Ibíd.*, página 113)



Me voy a aprovechar de la última frase de Zagajewski para introducir una digresión necesaria. «Es posible encontrar una fidelidad análoga en todos los demás oficios, en todas las vocaciones», dice nuestro poeta y yo lo interpreto, primero, en el sentido negativo: no, el poeta no es ningún privilegiado, ningún iluminado. Simplemente su deber moral, ante sí, a la manera de un imperativo categórico, es reproducir con palabras ese estremecimiento, servir de testigo de aquella epifanía, recordar la suya propia para, también, decirle a los demás, poetas y no poetas, que ellos la tuvieron a su manera. Y, luego, en sentido positivo que esa revelación es vivida por todos aunque los no poetas lleguen a olvidarla. Acaso el privilegio del poeta consista en poder participar de algunas de aquellas epifanías.

De mi propia experiencia puedo recordar ahora mismo dos instantes que pudieron conducirme a otros menesteres: el día que, a mis cinco años, paseaba con mi padre por la calles de mi pueblo natal y no sé qué diligencia nos llevó a una carpintería. No me conmovieron los ataúdes vacíos, ni las mesas a medio hacer, ni las filas de listones de madera que, si hablaran, gemirían por el bosque o estarían rogando por ser sillas o camas, no, nada de lo que veía. Fue el olor: si la invoco, aún ahora puedo repetir la fascinación que me produjo el perfume profundo y único de aquel lugar; con mi torpeza infantil traté de manipular el cepillo y sólo mi estruendoso fracaso evitó que en ese momento se consolidara mi vocación de carpintero.

También mi torpeza manual libró a otro oficio de mi dedicación. Fue también el sentido del olfato el que me llevó al encantamiento del perfume



de los establos. Solía acompañar a mi abuelo materno a ordeñar las vacas que pastaban en el solar de su casa en Santa Rosa. Adoraba, adoro, el olor caliente de ese lugar, esa mezcla indefinible de leche postrera, aliento vegetal y bosta de vacuno, pero fue nuevamente mi torpeza manual, tal vez mi miedo a una patada protestona de la vaca, lo que me libró de un previsible —y ahora frustrado— destino de ordeñador.

Éste es el momento de invocar otro recuerdo de este abuelo, don Ramón Ángel Agudelo, un hombre silencioso y capaz de dormir en cualquier posición —se decía que hasta de pie, si se quedaba quieto, podía echar un sueñito—. Pues bien, don Ramón construyó una edificación en la plaza del pueblo, donde ocho días antes de que yo naciera empezó a funcionar el Hotel Nomar, Nomar, es decir, Ramón al revés. Y aquí, por la vía de la capicúa, inventando palabras palindromáticas, don Ramón me trazó el camino de otra artesanía de la que nunca me he curado, el infinito y sorprendente vicio de jugar con las palabras.

Para abundar en razones, ahora que lo pienso, del lado Agudelo me viene también, además del amor al silencio, del desaforado amor al silencio, un sexto, un séptimo sentido que cambia, o aguza, la percepción de las palabras y del cual se origina una especial pasión por la sencillez que, ante todo, es un asunto definitivamente distinto, si no contrario, a la simpleza. Pienso en un hermano de mi abuelo, Juan Agudelo, un campesino que se sabía de memoria su jardín, que protestaba delante de mí contra una brisa que había despetalado una flor o celebraba jubiloso que brotara un durazno. Juan, que era pobre, heredó un buen día una fortuna de un hermano suyo y decidió ir a Roma a conocer al Papa y visitar los Santos



Lugares y pasear por Europa. De cada lugar adonde llegaba escribía a mi madre una postal, a cuál más desopilante por su literalidad a rajatabla. Recuerdo dos de aquellos mensajes. Uno decía: «estoy en Jerusalén, ciudad habitada por judíos todos en su mayoría». La otra, que se ganaba el premio mayor, rezaba: «acabo de arribar a Colonia, ciudad famosa por su agua».

Regreso de la digresión para concluir, parcialmente, que son dos cosas las que se juntan, una esa epifanía en la que uno se sale del tiempo y obtiene una visión a la que tendrá que ser fiel el resto de la vida y que tendrá que capturar de nuevo, de algún modo, en lo que le reste de existencia. La otra es la obsesión con las palabras, ambivalente, pues de un lado está la creencia en el poder mágico de los conjuros y, del otro, al menos en mi caso, el aspecto afilado del lenguaje, su capacidad crítica para instrumentar también la ironía y el humor.

La primera, la visión, engendra una sensibilidad propicia a captar la poesía antes de las palabras, en el sabor del chocolate, en la luz del sol moribundo, en el perfil rotundo de una montaña, en el equilibrio de un funambulista, en la mirada de una muchacha, en la risa de un niño y etcétera y etcétera. La otra, la artesanía, el laboratorio secreto, es otra cosa, una iniciación para estar sintonizado con el sueño, la vigilia y, más, los estados intermedios por donde se cuele el duende. Allí, en el taller secreto, esas percepciones tienen que convertirse en palabras y hay un método ajeno a las fórmulas y que depende del azar.

¿Cómo se escribe un poema? No se puede dar una receta que se adapte a todos los casos, como si fuera un procedimiento químico. En la



composición de un poema hay infinitas maneras y unas cuantas más que el infinito. A propósito, recuerdo el cuento que hace muchos años le oí a alguien. Se trata del especialista en sexualidad humana que, invitado a una conferencia, comienza su intervención así:

— Por las investigaciones realizadas por los expertos en la materia sabemos que las posiciones coitales son veinte...

En ese instante su frase es cortada por una voz fuerte que exclama desde el fondo de la sala:

— ¡Ventiuna!

Nuestro conferencista se desconcierta con la interrupción y vuelve a comenzar:

— Por las investigaciones realizadas por los expertos en la materia sabemos que las posiciones coitales son veinte...

Y, de nuevo, se oye la misma voz en tono una octava más alto:

— ¡Ventiuna!

El experto, entonces, decide no hacer caso del entrometido y, haciéndose el que no ha oído, continúa:

— La primera es la mujer abajo y el hombre arriba...



Y, en ese instante, se oye la misma voz que grita:

— ¡Veintidós!

Del mismo modo son los procedimientos para escribir poesía. Cierta poeta colombiana de las generaciones vanguardistas, Luis Vidales, decía que escribía desnudo. Creo que no murió de pulmonía de puro milagro. Otro, también colombiano, amigo mío, me decía que él componía sus poemas mentalmente y luego los escribía, a la manera del Borges ciego, que contaba en alguna de sus maravillosas entrevistas que había llegado a la poesía rimada por pura mnemotecnia, para grabarse las estrofas que luego le dictaba a un amanuense.

Si la pregunta acerca de cómo escribir un poema tiene respuestas infinitas, no así una pregunta anterior a ésta: ¿por qué escribo poemas? Para esta, creo, es mi conjetura, es mi convicción, que no hay sino una sola respuesta, la que figura en las *Cartas a un joven poeta* de Rilke, que no cito literalmente pero que refiero con la ayuda de mi memoria precaria: Escribo porque no tengo más remedio. Porque lo necesito para seguir viviendo.

Antes, pues, de la poesía como obra de arte, elaborada con aspiraciones de transmitir la emoción poética, está la necesidad de usar las palabras como catarsis. Ésa es una etapa anterior a la que comporta elaboración artística, una etapa que se justifica en sí misma porque es una ayuda para seguir viviendo.



La otra, la siguiente, siendo rigurosos, en verdad nos nivela por lo bajo. Lo que sucede es que todos los poetas, lo que se dice poetas, están muertos. Los vivos somos meros aprendices, algunos sin ninguna pretensión distinta a la confesión y otros, más ambiciosos, acaso más miopes, con la idea de que somos parte de la literatura. Todos los que hemos publicado nuestros versos pertenecemos a esa segunda especie y las estadísticas demuestran que la mayoría estamos en un error.

¿Cómo escribo poemas? Lo primero que tengo que decir al respecto es que no tengo una rutina. Que, al contrario de las novelas o los ensayos, que permiten una organización, un horario, un sitio fijo, los poemas aparecen cuando les da la gana.

En mí surgen como un verso, una sola frase, que puede ser –casi siempre lo es–, el primer verso de un poema, un tema, un pie, pero que también puede ser el final o una frase intermedia. Ese verso nace en cualquier momento. Recuerdo que el tema del poema mío que más se ha publicado, *Razones del ausente*, me salió en un avión, un largo vuelo de seis horas. A veces, cuando intento dormir, en ese duermevela intermedio entre la vigilia y el sueño. Por eso mismo, mantengo una libreta y lápices al lado de la cama. Al que escriba acostado le aconsejo los lápices, pues la tinta sigue la ley de gravedad y los bolígrafos y las plumas sólo escriben boca abajo. A veces mientras leo nace el impulso de escribir. Yo leo, las más de las veces, recostado en mi cama, de modo que esa libreta, una libreta de taquigrafía con una carátula de cartulina gruesa que permite apoyarse en ella sin necesidad de mesa, es muy útil para mí.





Ese primer registro es apenas el comienzo de un proceso muy largo. En algunas ocasiones, lo único que queda apuntado es ese verso suelto. En otras, el verso da lugar a un primer apunte más extenso. Es muy importante la inmediatez entre el momento en que surge esa frase y tomar nota de ella. Al menos para mí, la operación tiene que ser inmediata, pues de lo contrario se me olvida. Es obvio el chiste de que mis mejores versos son esos, los que he olvidado.

Lo que sigue después del apunte es el congelador. Dejarlo reposar semanas, ojalá meses y, luego, ya en frío, transcribirlo. Aquí una alerta: la inmensa mayoría de esos apuntes son actos fallidos. Pocos se salvan en esa primera y retardada copia, copia que, de nuevo, deberá madurarse largo tiempo, casi hasta el olvido. El paso siguiente es volverlo a copiar. Hasta aquí las copias son manuscritas, lo más que sucede es pasar de la primera, en lápiz, a la siguiente, que suelo hacerla con tinta estilográfica: tengo culto fetichista por las plumas Mont Blanc y poseo una pluma italiana, marca Omas, que sencillamente adoro.

Aquí viene otro filtro gigantesco. Los borradores que pasan la prueba de la copia manuscrita a la siguiente etapa, ya en computador, son una minoría. En este punto puede ir un año y todavía pasará al menos otro año antes de revisar el poema, ya como si hubiera sido escrito por mi mejor enemigo. Definitivamente, corregir es tachar.

A veces me han pasado largos periodos sin que se me ocurra nada y luego vienen rachas. Durante esas rachas me enloquezco y escribo muchos versos, casi siempre con un tema dominante, lo que se ve en los libros que



he publicado, compuestos por series: *Poemas de amor*, *Amores imposibles* o *Gatos*, por ejemplo.

Todo lo que he contado implica una creencia que no sé explicar pero que la he experimentado en carne propia. Sí, existe la inspiración, un estado especial del alma, estado que no se invoca a voluntad, que aparece o no aparece, sobre el que hay que estar alerta para serle fiel al rapto, a la visión. Por todo lo que he dicho, creyendo en ella, también queda claro que, siendo deseable, hay que desconfiar de la inspiración.

Una advertencia adicional. Así como para la pregunta sobre el «por qué» creo que no hay sino una respuesta, así como para el «cómo se hace un poema» hay infinitas, también para el «qué es poesía» creo que también hay muchos conceptos. Cuando estaba muy joven pensaba que no había sino una noción de poesía; esa creencia me limitó muchísimo, tanto para las posibilidades de escritura como para el disfrute de la poesía ya escrita. Hoy pienso que en todos los registros existen buenos poemas, en la «difícil sencillez» que preconizaba Lope de Vega y que en nuestro tiempo siguió don Antonio Machado; en las antípodas de la misma, como el barroco de Góngora o de Lezama Lima, en la poesía rimada o en el verso libre, en la poesía intimista y en la poesía pura, en el surrealismo o en la descripción desnuda de la realidad cotidiana. En todas.

Pienso también que quien aspire a algún nivel artístico en la escritura tiene la tarea de conocer la poesía que se ha escrito; nadie inventa desde el vacío. Por lo demás, una de las cosas que más induce la inspiración es la lectura de poesía.



Fui poeta joven, fui poeta adolescente, pero no comencé a escribir novelas sino hasta después de los treinta. También por los mismos motivos que me indujeron a escribir poesía, por la necesidad de completarme, por impulso biológico, por imposición del metabolismo, como elemento de mi fisiología, tanto la digestiva como la cerebral. A partir de cierto momento, también, como derivación de mi diseño físico, más adecuado a la quietud y a la lentitud de ritmo que implica la labor de relojero de componer una novela.

Al igual que lo dicho sobre la poesía, para escribir la novela, en mi caso, no existe sino un por qué, el arriba mencionado. Si no lo necesitara, no escribiría novelas. No creo que hubiera podido ser escritor profesional. Bien sé que, al contrario de la poesía, que excluye, afortunadamente, la profesión de poeta, la novela sí es un oficio. Existen los novelistas profesionales. Yo no lo soy. No podría serlo, principalmente porque trabajo sin plazos. Nunca sé cuando voy a terminar una novela. Incluso, ignoro si voy a acabarla y el que paga las lentejas con el producto de sus narraciones tiene que comprometerse con fechas.

Nada de plazos. Para mí lo esencial es divertirme. Me implico con mis novelas de un modo total, a pesar de que sólo las escribo durante los fines de semana. Pero mientras estoy en la tarea circulan por mi casa, casi visibles, los fantasmas de los personajes que pugnan por salirse de las páginas y habitar mi realidad. No, no estoy haciendo metáforas. Hasta ahora lo que más me ha interesado es la verosimilitud de mis historias. Se trata de cuentos que tendrían la obligación de haber ocurrido y, por eso mismo, los escribo, más como cronista que como imaginador.



Sobre cómo escribo novelas. Creo que ya lo he contado. Trabajo en un banco y, durante los días laborables no tengo para mí el tiempo que requiere la redacción de mis novelas. Los viernes me encierro, no por disciplina sino por gusto. Disfruto escribiendo. Obtengo un gran placer. Me divierto haciéndolo. En cierto modo, copio el procedimiento de los poemas, con la salvedad de que éstos aparecen cuando les da la gana y con las novelas uno sí puede, y debe, establecer una rutina. Primero redacto a mano. Llevo, además, una libreta aparte con una bitácora con fechas, el censo de los personajes y el plan de trabajo.

El borrador manuscrito lo guardo un largo tiempo, al menos un año, y luego lo transcribo personalmente. Corrijo mucho en ese proceso. Imprimo el archivo y lo vuelvo a corregir antes de guardarlo de nuevo, largo tiempo, en el congelador.

Hasta ahora he escrito cuatro novelas más o menos cortas y he tardado tres años, como mínimo, en cada una de ellas. Tengo dos novelas largas, *Cartas cruzadas*, que me significó seis años de trabajo y la que acaba de aparecer, *La voz interior*, en la que tardé ocho, casi nueve años, entre el inicio y la edición. Claro que, como pasan periodos en el congelador, en esos intervalos escribo otras cosas, por ejemplo, un ensayo sobre la canción popular latinoamericana, tangos y boleros, que creo que se editará el año entrante.

Cuando empiezo una novela tengo en la cabeza el final de la historia. Mientras la escribo, los personajes, si están vivos, me imponen sus propias



decisiones. Si esto ocurre, es buena señal. Me comprueba la verosimilitud de mi invento.

Cuando termino una novela quedo vacío por dentro. Hace poco encontré la explicación de esto en unas frases de Cocteau. Cocteau tiene el bendito vicio de ponerle palabras a cosas que intuyo o que me ocurren. «Nadie viaja más despacio que el alma y, si se desplaza, es despacio cómo se reúne con el cuerpo», dice. Y agrega más adelante: «Otro tanto ocurre con la incomodidad de pasar de una tarea a otra, puesto que la tarea concluida aún vive en nosotros y no deja a la labor siguiente sino un espacio muy embarullado». Y concluye: «En cuanto tiene que ver con las obras, es importante esperar tras acabar cada una de ellas y dejar que el cuerpo se desprenda de los vapores que le quedan y pueden tardar mucho en irse».

Estoy en ese proceso. *La voz interior* me dejó vacío. Ahora reposo. Estar aquí, en la Residencia de Estudiantes, más como novelista en convalecencia que como poeta en residencia, me ha servido mucho. Este silencio ayuda al nirvana. Estoy curándome de una novela. Que la editorial Pre-Textos la haya publicado me ha ayudado a la recuperación. Gracias a la Residencia, gracias a Pre-Textos, los humores se evaporan y voy, de nuevo, en camino hacia mi centro.

## II

Ningún vicio viene solo, ya se sabe, y el siamés de la grafomanía es el de la lectura, hasta tal punto que, ahora me atrevo a reconocerlo, a mis cuatro o cinco años, cuando no sabía leer, simulaba saberlo, para lo cual tomaba los



libros e inventaba el texto que mi imaginación infantil suponía que debería corresponder, bien a las ilustraciones, bien a mi propia necesidad de expresarme.

Para bien de mis instintos, en mi casa había una buena biblioteca y, desde muy niño pude disfrutar de una de las vías que conozco para lo que hoy inquieta tanto y que en algunas partes se ha convertido en política de estado, a saber, la inducción del hábito de la lectura.

En nuestro tiempo vivimos esa inquietud de la que participan, inclusive, personas que no leen nunca como ministros, políticos y maestros bienintencionados. Existen fundaciones dedicadas al fomento de la lectura, casi siempre financiadas por editores preocupados por lo mismo pero con otro nombre, el aumento de la demanda de los libros que publican. En las bibliotecas casi siempre hay un programa dedicado a impulsar el uso del libro no utilitario. En las prioridades de los ministerios de Cultura siempre hay algún pedagogo tan ocupado del problema que suele tener poco tiempo para dedicarle a una novela o a un libro de poemas.

Yo mismo, que trabajo en el área cultural del banco central de Colombia, independientemente de lo que haga en mi tiempo libre —casi siempre leer o escribir—, participo en reuniones donde aprobamos la realización de programas en nuestras bibliotecas como la lectura en voz alta, la hora de cuento, los seminarios para que los maestros instrumenten el hábito, etcétera y etcétera. En últimas, el único procedimiento eficaz, desde una estrategia proactiva, es que los libros estén al alcance de los niños. En otras



palabras, lo que funciona es la inmediatez de la tentación. Si en la casa hay libros, si en la casa alguien más lee, el niño terminará leyendo.

Eso fue lo que me sucedió a mí. En mi casa había libros, mi padre leía, en fin, crecí en un lugar en donde el silencio era valorado no como una disciplina sino como un placer. Y, hoy, sigo creyendo que el silencio, la quietud, la falta de prisa, son en sí mismos unos de los goces ocultos más profundos, más gratificantes y, de seguro, más baratos que existen, aun con lo refinados que son.

Dije que esta accesibilidad, ese surcar los lugares habituales con la tentación del libro al alcance de la mano, es una de las vías realmente eficaces que conozco —por experiencia propia— para involucrar a una persona en el hábito de la lectura. El otro camino, que mi experiencia personal también comprobó en carne propia, es prohibir la lectura.

Estudí en un colegio de jesuítas. En ninguna parte del reglamento existía la prohibición de leer. Si alguien le preguntaba a cualquiera de los curas si, en verdad, estaba proscrita la lectura, de seguro contestaría que no, respondería con aplomo y una sonrisa defensiva que significa que nunca se les ocurriría idea tan estrambótica. Pero, de hecho, no se podía llevar al colegio ningún libro distinto a los textos de estudio.

Todavía recuerdo al padre Hernán Mejía —un hombre bueno que se santificó creyendo que ganaba el cielo si me castigaba— esculcando mi pupitre en busca de novelas. La palabra *novela* se pronunciaba con el mismo tono con que una mamá diría *caca, nené*. Los libros ajenos al



currículum eran decomisados provisionalmente hasta cuando terminaba el año escolar, cuando el prefecto, que desde muy joven no había cedido a la demoniaca tentación de agarrar un libro, me devolvía los que yo me había atrevido a llevar al colegio.

Aún más eficaz que la presencia de los libros en la vida cotidiana, la prohibición de la lectura ociosa es una táctica segura para embarcar a un niño en el hábito de la lectura, con una ganancia adicional cuando se combina con la primera, la presencia de los libros en la casa, a saber: que mi íntima convicción de que la veda era equivocada me ayudó a cuestionar íntimamente la validez de todas las prohibiciones. Pero, eso sí, vista desde hoy, sigo pensando que si el aparato social y la normatividad quieren fomentar la lectura, lo mejor que pueden hacer es prohibirla, como dice la tradición que generalizó el consumo de la papa en Francia, que fue decretando que la *solanum tuberosum* era exclusiva de la cocina real y que nadie más podía probarla.

Hay una lista canónica e infalible de primeras lecturas. Es un grupo universal de volúmenes que bien se le podrían regalar a un bebé recién nacido para que los empiece a leer cuando ajuste once, doce, trece años. Digo nombres de memoria para que usted señale las omisiones. Son Salgari y Verne, Twain y Stevenson, *Las mil y una noches* y Saint Exupery. Hay más, sé que hay más, pero mi memoria parece paralizada en esta noche de sábado.

Luego, cada uno se va acomodando en lo que le gusta. De todos modos, como ocurre con todo, son menos los buenos libros que los abiertamente





recomendables. Y, más para mal que para bien, todos somos hijos de la moda de nuestro tiempo. En mi caso, víctima de mis propias taras que son las de mi generación, en verdad a nadie le recomendaría hoy que leyera las novelas de Sartre o de Camus, ni las de Thomas Mann e, hilando delgadito, pienso que se requiere un verdadero esfuerzo para tragarse la obra de Henry Miller, materia obligatoria de los adolescentes lectores de los sesenta del siglo pasado.

Generalizando, recetaría dos restricciones que pueden blindarnos contra la pérdida de tiempo y contra la tontería de las modas. Una, no lea los *best sellers*, dos, no lea los narradores que se recomiendan por razones distintas al encantamiento que debe producir una buena lectura, sea el compromiso político, la denuncia social, el nivel filosófico de sus diálogos o la explicitud de su escenas eróticas. Soy todavía más radical: trate de no leer novedades bibliográficas, procure no estar al día, matricúlese en la penúltima, o mejor, en la antepenúltima moda.

Lo que por el momento estoy creyendo (y siempre rezo una oración que oí muy joven: Señor, dame hoy la opinión de cada día y perdóname la de ayer), lo que estoy creyendo es que el siglo veinte fue un tiempo perdido para la novela.

A continuación, y aun corriendo el riesgo de los olvidos injustos, intento una lista de recomendaciones para crear la adicción:

De Tolstoi: *Guerra y paz*, *Ana Karenina*, *Resurrección* (y todo lo demás).

De Dostowieski: *Los hermanos Karamazov*, *Crimen y castigo*.



- De Puskin: todas sus narraciones.
- De Chaucer: *Los cuentos de Canterbury*.
- De Swift: *Los viajes de Gulliver*.
- De Defoe: *Robinson Crusoe*.
- De Fielding: *Tom Jones*.
- De Jane Austen: todas sus novelas.
- De Dickens: todas sus novelas y cuentos, especialmente *David Coperfield*, *Oliver Twist* y *Memorias póstumas del Club Pickwick*.
- De Tackeray: *La feria de vanidades*.
- De Stevenson: todas sus novelas, especialmente *Doctor Jeekyll y Mr. Hyde*.
- De Wilkie Collins: todas sus novelas.
- De Hermann Melville: *Moby Dick*.
- De Poe: todas sus narraciones.
- De Mark Twain: todas sus narraciones.
- De Eca de Queiroz: *Los maia*, *El primo Basilio*.
- De Machado de Assis: todas sus novelas y cuentos.
- De Rabeleis: *Gargantúa y Pantagruel*.
- De Victor Hugo: *Los miserables*, *Nuestra Señora de París*.
- De Sthendal: *Rojo y negro*, *La cartuja de Parma* y sus libros de viajes.
- De Flaubert: *Madame Bovary*.
- De Cervantes: *Don Quijote de la Mancha*.
- De Pérez Galdós: *Fortunata y Jacinta*.
- De Clarín: *La Regenta*.
- Las Mil y una noches*.
- De Potocki: *Manuscrito encontrado en Zaragoza*.
- De Bocaccio: *El Decamerón*.



Es muy difícil hacer una enumeración taxativa, cuidando que nada falta. Siempre habrá un olvido involuntario pero, no por eso, perdonable. Lo que está claro es un juicio de valor negativo sobre el siglo veinte. Ahí colapsó la narrativa, comenzando por el canon de ese siglo, que resulta risible cuando se coloca al de cualquiera de los libros de mi lista. A nadie le recomiendo *En busca del tiempo perdido*, ni el *Ulises*, ni *La montaña mágica*. Lo que vale para mí de ese siglo alaraquero es lo que se parece al siglo anterior: las novelas de Joseph Conrad, los cuentos de padre Brown de Chesterton, las narraciones de Salinger, *El barón rampante*, *El vizconde demediado* y *El caballero inexistente* de Calvino, casi todo lo que escribió Dino Buzzati, *El plantador de tabaco* de John Barth, *Cien años de soledad* y *El amor en los tiempos del cólera* de García Márquez, *Rayuela* y los cuentos de Julio Cortázar, también los cuentos de Borges y los de Felisberto Hernández. Y, admitiendo que puede haber omisiones culpables pero involuntarias, casi pare de contar con el siglo que inventó el ruido y que, sólo por eso, merece nuestro silencio.

Notarán ustedes que no he hablado de poesía. Creo que en el amplio territorio de los lectores compulsivos, hay un pequeño apartado para los que leemos poesía. Ese universo reducido está habitado por los que escribimos poesía. Entre nosotros, animales raros, reina soberano el gusto personal. No obstante, puede hacerse también una lista de ineludibles. Aquí, en nuestro idioma, hay materias obligatorias. Garcilaso, San Juan de la Cruz, Santa Teresa, Sor Juana, Lope, Quevedo, Góngora, Bécquer, Machado, Juan Ramón, Rubén Darío, Vallejo, Neruda, Cernuda. Y pare. Las demás, son materias optativas. En otros idiomas están los clásicos y están el



Dante, Shakespeare, la poesía francesa del siglo XIX, Rilke, Pessoa, Whitman, Poe...

Quisiera dejar aquí el recetario, consciente de que la extensión de lo ya prescrito da para media vida y juntar, por un momento, las dos cosas, la pasión de la lectura y la grafomanía. Acaso la gran lección que pueden darnos estos narradores y poetas sea la de una irrevocable humildad. Yo poeta, yo narrador, soy un pigmeo, soy un liliputiense al lado de estos monstruos sagrados. En cuanto a la calidad de lo que produzca, al lado de ellos, no tengo nada de qué presumir. Nunca dejaré de ser un aprendiz, un eterno aficionado. Su obra, su solo recuerdo me ponen en mi sitio, allá en mi rincón, donde puedo disfrutar del placer de escribir, donde –si tengo una pizca de sensatez– procuraré hacer lo mejor posible protegido por esas sombras tutelares. Pero siempre escondido detrás de ellos. Esto ayuda. Ayuda a querer aprender todos los días y también es una alarma para cualquier tentación de egolatría por lo escrito. No, no hay nada de qué creerse, salvo del placer que uno haya derivado del cotidiano ejercicio de la escritura.